

Medardo Ángel Silva o el dolor existencial

Por Orlando Pérez

Diario *Hoy*, domingo 10 agosto 2003

Si hay que buscar una definición del poeta ecuatoriano Medardo Ángel Silva, esta es muy decidora: “Medardo es un agotamiento prematuro, un concentrado dolor existencial, una incapacidad vital para aceptar el rigor mercantil de la ciudad que habita, un corazón en llagas que, desde siempre, te ha invocado tentando los modos de que te conviertas finalmente en su perfumada libertadora”. Y es la definición de la voz de Jean d'Agreve (seudónimo con el que firmaba sus crónicas periodísticas Silva), el narrador de *El alma en los labios*, la última novela del escritor mantense Raúl Vallejo. Esta voz recorre la vida del poeta, describe el Guayaquil de los años iniciales del siglo XX y recrea la muerte de Silva el 10 de junio de 1919, tras pegarse un tiro en la casa de su novia.

Esa voz conduce, retoma, traslada, introduce, reflexiona, presta a otra su idea y recuerdo, llora, pero también evoca, excita y provoca el lamento el destino fatal del poeta.

Y a partir de ella se construye la novela siguiendo los versos y las líneas de la poesía de Medardo Ángel Silva para llevar al lector, ni siquiera a la biografía (que de hecho consta), sino a la metáfora de un sueño o de un cuento por concluir, como el puñetazo que exigía Cortázar, pero al revés.

Raúl Vallejo, en esta obra, se plantea un homenaje distinto: ese de contar la vida poética de un hombre que poco importó a sus contemporáneos. Y en eso este autor retoma una tradición, con pocos seguidores en Ecuador, de escribir sobre los autores que han fundado la literatura nacional. La frase de cajón sería: “ya era hora de que alguien se propusiera algo así”.

Más allá de esta consideración, *El alma en los labios* es una obra que encanta donde el lirismo de los protagonistas hace extensiva la sensación de trascendencia que tenía y tiene el poeta, cuando se vinculan los acontecimientos poéticos con las vivencias personales y, particularmente, cuando la tragedia de la muerte roza con la poesía del escritor guayaquileño. En especial el tratamiento a Gardenia, la prostituta, eleva la temperatura narrativa y bosqueja un personaje central para otra novela.

En realidad esta obra de Vallejo es como un duro combate entre el apasionamiento con muchas páginas y la búsqueda ansiosa de más elementos para el regocijo del lector.

Y a eso se une un manejo del lenguaje que es la suma de varios lenguajes que van desde el lírico, pasando por el de la crónica periodística para hacer una armonía narrativa que facilita la concreción de su idea central: dibujar al personaje en todas sus aristas.